

Remembranza por Selva Piriz

Muchas veces el pasado nos trae a la memoria retazos de una vida lejana, llena de recuerdos de personas muy queridas que ya no están físicamente.

Cuando supe de éste concurso literario enseguida pensé en alguien muy especial: Selva Piriz. Quien dejó una profunda huella en mi vida y me atrevo a decir, que en muchas mujeres de Gaetán, El Soldado, Casupá y Barra de los Chanchos.

¿Por dónde empezar a contar esta historia?, creo que lo mejor sería por el primer día que fui a su casa a plantear una inquietud. Con su enorme simpatía y sencillez, me invitó a su cocina, estaba preparando comida para una multiplicidad de animales que había adentro y afuera de ese espacio.

Lo primero que ví fue un pollo grande “ desnudo”, sin plumas, que se paseaba muy orondo y miraba de costado porque le faltaba un ojo, sonreí ante tal presencia. Divisé a través de la ventana, al fondo, una oveja, seguro había tenido fiebre porque arrastraba por el pasto mucha lana. Ví que se movían las ramas de los árboles, gatos de distinto pelaje y tamaño, estaban trepados allí y maullaban reclamando atención.

- ¿Cómo tenés tantos animales aquí? - le pregunté.

La mayoría, sino todos, me los deja la gente, en el fondo o el frente de la casa, no puedo dejar de ayudarlos, darles de comer, cuidarlos cuando están heridos y darles un poco de amor— contesta sonriendo — Mientras se enfría la comida, vení, vamos a buscar libros y revistas para ver qué cosas les gustaría aprender a hacer a las mujeres de Gaetán— agrega alegre.

Sí, su generosidad no era solo con los animales, quería también compartir sus conocimientos con nosotras. Había ido hasta su casa a pedirle si podía darnos clases de manualidades.

Los hombres de la zona se juntaban en “El boliche del Cholo”, a tomar una o varias copas, jugar a las bochas o al truco, tenían su lugar de esparcimiento pero las mujeres ¡no!, y lo necesitábamos.

Nos reunimos Nancy, Marinela y yo con el maestro de nuestra escuela N°106, Gustavo Bustillo, y le planteamos nuestra inquietud, nos ofreció su total apoyo. Acordamos entonces que Selva fuera a darnos clases de tejido, costura, macramé, telar, pintura en tela, etc.

Pronto se formó un precioso grupo, Selva se adaptó rápidamente a las fortalezas y carencias nuestras. Se quedaba a dormir en nuestras casas por turnos, no le importó que no tuviéramos luz eléctrica ni agua corriente, tampoco que nuestras

casas fueran un tanto precarias. En esas largas noches de invierno, a la luz del farol, manteníamos extensas charlas de libros leídos, de sus viajes, de sus ricas experiencias.

No fue fácil al principio, el machismo en el entorno rural era mucho más acentuado que ahora, algunas mujeres plantearon que debían “justificar” el tiempo en nuestras reuniones, que debían llevar “algo” que hubiesen elaborado en el taller, demostrar que no “perdían” el tiempo charlando.

Las crecidas de arroyos y cañadas limitaban en invierno el normal desarrollo de nuestras clases, cuando escampaba Selva mandaba cartitas por el ómnibus. Se producía entonces la magia de la comunicación, anterior al teléfono y al celular: Gustavo ponía extendido sobre la portera de la escuela un poncho de gaucho del lado rojo, de casa lo podía ver a la distancia (tres kilómetros), yo contestaba poniendo sobre el chiquero mi saco rojo. Nancy, que vivía en un bajo, no veía la señal del maestro, pero sí mi saco. Ella, a su vez, colocaba un chal rojo en la portera del fondo de su casa, para que Gloria, que tenía un monte delante viera su señal y así todas nos enterábamos de la venida de Selva al día siguiente.

El boca a boca también era muy eficiente, la idea de juntarnos entre mujeres comienza a gustar y otras zonas aledañas se suman. El número de concurrentes aumentó y también las ganas de mejorar la calidad de sus quesos, aprender a elaborar conservas de alimentos, como forma de ayuda a la producción familiar.

A raíz de esto, Selva, que vivía en Minas, facilitó su teléfono para contactos y hacía conexiones que posibilitaron un mayor acceso a las oportunidades de crecimiento que se abrían entonces para nosotras. Conseguimos talleres en la Sociedad de Fomento Rural Ortíz y también a través de JUNAGRA (Junta Nacional de la Granja).

Ahorrábamos entre todas para tener nuestra salida grupal. Una vez al año nos íbamos a las cabañas del Arequita, sin maridos y sin hijos, cómo forma de afianzar el vínculo, mejorar nuestra autoestima y el merecido disfrute.

Poco después nos visitó Rosario García y Santos, coordinadora de grupos de mujeres rurales de Canelones. Nos invita a participar de dicha asociación, que crece rápidamente, llegamos a ser 1.400 mujeres nucleadas.

Participamos en Paso de los Toros de la 1a. Asamblea Extraordinaria, de lo que pasó a llamarse ANGMRU (Asociación Nacional de Grupos de Mujeres Rurales del Uruguay). Se acuerda, entre muchos otros puntos, que se harán talleres de perfeccionamiento en las áreas que se necesiten y que las asambleas se realicen en diferentes Departamentos.

Selva, fue el soporte para crecer cómo grupos, cómo mujeres que tratábamos de vivir mejor en nuestro medio rural, haciéndolo más digno para nosotras y nuestras familias.

Para finalizar creo que habría que hacer una diferencia entre lo que significa ser poderosa y lo que es ser empoderada. Mujer poderosa es quién sabe su potencial, segura de sí misma y no deja que nada ni nadie interfiera en lo que se propone. Mujer empoderada es quién necesita que un sistema, o alguien, le dé el poder de ver lo que puede lograr, que tiene el derecho a hacerlo y mejorar su calidad de vida.

Por todo esto, creo que Selva fue una mujer poderosa que ayudó a empoderar a un grupo de mujeres rurales. Creo que éste es el verdadero poder, cuando se comparte con otras, sin grandes discursos, sin ser grandilocuente, con su sencillez característica, su humildad y su enorme solidaridad.

PETI